



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 29 DE SEPTIEMBRE DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Amada amante

FRAUDE HOTELERO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Su voz me dijo: "Mañana vamos a una disco, en el Centrito. Búscala de una vez. Localiza también hoteles: vas a salir acompañado de ahí. Tendrás sexo con una veinteañera como en mucho tiempo no lo has tenido". Elegí lugar. Me fui a dormir entusiasmado, casi cuando amanecía. Dormí durante el día. Desperté, me metí a bañar, me puse mi ropa de siempre y me perfumé. Pedí el Uber. Llegué puntual, a las nueve de la noche. "Pide un lugar en la barra". Así hice. La anfitriona me acomodó y al rato vino la mesera. Le ordené un tequila y una cerveza, para comenzar. Luego, Su voz me dijo: "Charlie, tengo algo que contarte, prepárate". "Estoy listo, Señor", le respondí.

"Me casaron cuando aún era muy joven. A una edad cuyo equivalente humano es de dieciséis años. Pero mi esposa se me negaba. Y la maté. Ella no era divina. Alcancé a tener dos hijos con ella. La hija fue la mayor, y ya sabes que su fiel retrato es la Mona Lisa, de Leonardo da Vinci. Ahora te voy a revelar al varón. Busca el último autorretrato de Vincent van Gogh, en el internet".

Busqué a través de mi celular. Encontré un retrato con camisa azul, un botón casi al cuello, en fondo grisáceo azul y sin barba. Cabello rojo y rostro de tintes naranjas. Vincent van Gogh se había cortado la barba para ese autorretrato de 1889 porque se lo regalaría a su madre. Fue subastado en 1998 por 71.5 millones de dólares, en la ciudad de Nueva York, siendo uno de los cuadros más caros en subasta alguna.

"Ese es fiel retrato de mi hijo en el mundo de las divinidades", me dijo Él. Se me enchinó el cuero. "¿Recuerdas que te dije que habían sido catorce los hijos de Zeus y que ahora solo quedaban doce?" Asentí. "Pues bien. Yo fui uno de los destruidos (por mis hermanos) y Zeus se encargó de destruir a mi hermano gemelo, pata evitar cualquier venganza. La historia ya la conoces, pero quiero que la escribas a través de esta voz. Diles así y así:"

"Zeus destruyó a su propia madre, a mi abuela. Eso fue lo que desató mi ira. Juré vengar su muerte y a mi Padre no le preocupó. Y le cumplí. Herí a mi Padre, a Zeus, de una manera atroz y dolorosa, con un dolor que nunca se lo habría de quitar de encima. Entonces mis hermanos me pusieron una trampa, caí y me destruyeron. No todos participaron. Mi hermano gemelo no estuvo enterado de lo que iba a suceder, ni Zeus tampoco, y esos doce hermanos no eran hijos de mi Madre, sino hijos de Zeus con otras mujeres. (Pronto te contaré sobre mi Madre)".

"Por lo pronto, quiero que volvamos a la historia del mundo hace dos mil años. A la crucifixión de Jesucristo. El dolor que sufrió Jesucristo es fiel imagen, en el mundo de la tierra que habitas, entre seres terribles como tú, del dolor que yo sufrí cuando me destruyeron". Así y así les he dicho. "Continúa:"

"Volvamos al mundo de las



divinidades. Hay un cuadro que es fiel imagen de mi abuela cuando vivía en el mundo de las divinidades. Es uno de los diez cuadros tuyos desaparecidos y cuyo valor de mercado fue de 40 millones de euros. La mujer de ojos verdes grandes, cabello corto. Esa es fiel imagen de mi abuela, antes de haber sido destruida por Zeus y de que se convirtiera en otro Universo. En la mitología griega se le conoce como Rea. Los nombres griegos no son los nombres originales de esas divinidades, pues como sabes, tú que conoces mi nombre, ahí no está el secreto de los nombres".

"Necesito acabarme mi cerveza y mi tequila para procesar esto, Señor". "Bebe y apúntalo en tu libreta, cuando la tengas a la mano". Bebí de un trago lo que quedaba de mi botella fría y de dos pequeños sorbos mi tequila. Alcé mis ojos y miré el espejo frente a la cantina. Giré mi cuerpo para distraerme y observé las mesas.

Un grupo de ocho jóvenes había llegado a la mesa situada detrás de mí. Estaban sentados. Eran parejas. Noté a una chica sumamente atractiva. Y entonces escuché Su voz que me dijo: "Te voy a mostrar algo de mi poder". La chica elevó su vista y se encontró con la mía. Sin pensarlo, subió a su silla y se puso a cantar, simulando que tenía un micrófono en la mano. Cantó cuatro canciones frente a mí, ante la pena de su novio, quien se daba cuenta de lo que sucedía. "Hoy no será para ti. Emborráchate", me dijo Su voz.

LOS BUEYES DE MI COMPADRE

OLGA DE LEÓN G.

Cada vez que en el vecindario sucedía alguna barbaridad, no faltaba quien propusiera que se investigara a fondo y se impusiera la ley. Don Chema era el más melindroso, apoyaba la investigación y el consiguiente castigo. De esa forma, nadie pensaría que él pudiera ser el culpable de todo. Eso le daba cierta seguridad y confiado podía hacer y deshacer sobre lo que quisiera; aunque nada malo había hecho hasta entonces... Pero ya lo

iba planeando, que por eso insistía en castigar al culpable. Mientras el castigo o represalias no cayeran en él sino "en los bueyes de su compadre", porque el compadre era cualquiera y los bueyes eran los que no tenían más dueño que el compadre, es decir, el otro, al que veía a diario yendo al templo para rogar por "sus bueyes". Mas he aquí que esta historia no sucedió así, sino al revés:

La ira del pueblo y los habitantes de los circundantes pueblos crecía día tras día viendo que los verdaderos culpables de sus desgracias se escondían tras el subterfugio de que allí nunca habían estado, solo habitaban en las periferias, para evadir el reflector de la riqueza incommensurable del compadre, cuyos bueyes eran tan reales como los quintos que ellos celosamente guardaban en un cofre que se usaba para conservar el café o la cocoa, y lo tenían bajo llave, en la alacena de su cocina, pues pensaban que sería el lugar en donde menos buscarían los ladrones.

Un día la alacena de cada parroquiano fue asaltada y de ella se llevaron los ahorros que con tanto esfuerzo habían forjado los habitantes de aquel pueblo. Así que don Chema fue con las autoridades y les exigió investigaran hasta dar con el culpable y pidieron... no, mejor dicho, exigió lo castigaran severamente.

Y, como toda fechoría tarde o temprano se descubre, así descubrieron que el ladrón de las alacenas había sido él, don Chema. El peor castigo que pudo recibir fue el desprestigio y los mil cien azotes que le dieron los habitantes del pueblo, afectados por el dicho de "en los bueyes de mi compadre", en ellos encontraréis la razón de la sinrazón de los hurtos en la plaza principal. Y, frente a todo el mundo, un hombre murió de pena sin morir en forma alguna; avergonzado por su codicia y disminuido con sus mentiras y subterfugios para tratar de que el castigo cayera "en los bueyes de mi compadre".

EL AMOR EN TIEMPO DE MALES

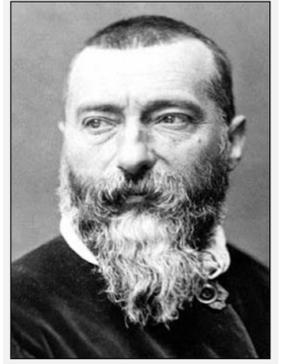
OLGA DE LEÓN G.

Un día entró por la puerta grande, sin que nadie lo invitara. Asentó sus reales en nuestro hogar y todos fuimos sus víctimas, unos más que otros o de diferentes formas.

A los veinte no piensas en cómo estarás a los cuarenta o cincuenta. A los veinticinco, tampoco. A los treinta o treinta y cinco el ajeteo es demasiado: muchas son las tareas y poco el tiempo para recapitular. La prisa nos domina, el mañana es una preocupación económica, no de salud. A los cuarenta, todavía vencemos el cansancio, pero seguimos sin pensar ni mucho ni poco en el mañana. A los cincuenta la salud no atendida o mal atendida, comienza a ponernos un foquito en rojo, frente a nuestros ojos. Entonces creemos que estamos a tiempo, mas resulta que en un parpadeo ya tenemos sesenta años, y los males nos están amenazando muy de cerca, si no es que ya nos asfixian. A los setenta, nos preguntamos: ¿cómo es que no me di cuenta? ¿Cómo fue que me abandoné por tanto tiempo? Algo se podrá hacer aún... Acaso, la ciencia no ha avanzado... ¿Tendrá, mi mal, remedio?

Hasta que un día comprendemos todo el daño que nos causamos, sin quererlo. Pero, los males, pasados los setenta, justo en esa década, avanzada apenas dos o cuatro años, ya nos invadieron y si no nos dominan aún, están a punto de hacerlo.

Para entonces, dormimos en la misma cama, separados por sábanas y cobijas, pero en la misma cama. El amor en tiempos de cáncer o algún tipo de demencia (senil, vascular o Alzheimer) es el último gran reto contra el amor. No me digas que el amor hacia tu pareja es enorme. No. Dime qué hiciste para y por seguir enamorado de ese hombre o mujer ahora en sus huesitos, arrugado y flácido, que ya no puede sostenerse en pie durante más de uno o dos minutos, y que te mira como diciéndote, también yo, también yo te sigo amando: ¡Gracias, mi amor!



Alphonse Karr

Jean-Baptiste Alphonse Karr (24 de noviembre de 1808-29 de septiembre de 1890) fue un crítico, periodista y novelista francés.

Karr nació en París. Su hermano Eugène fue un talentoso ingeniero y su sobrina Carmen Karr fue una escritora y periodista en La Roche-Mabile. Después de cursar sus estudios en el Collège Bourbon, Jean-Baptiste pasó a ser maestro allí. Algunas de sus novelas, incluyendo la primera, *Sous les tilleuls* (1832), fueron romances autobiográficos. Al año siguiente se publicó una segunda novela, *Une heure trop tard*, y fue continuada por varias obras más, muy populares. Su *Vendredi soir* (1835) y *Le Chemin le plus court* (1836) continuaron con la tradición de los romances autobiográficos, con el cual había logrado su primer éxito. *Geneviève* (1838) es una de sus mejores historias, y su *Voyage autour de mon jardin* (1845), según sus críticos, mereció su popularidad. Otras obras fueron *Feu Bressier* (1848), y *Fort en thème* (1853), la cual influyó la estimulación de las reformas educativas.

En 1839 Alphonse Karr comenzó a trabajar como editor en *Le Figaro*, al cual había contribuido constantemente; también publicó un periódico mensual, *Les Guêpes*, de tono satírico, una publicación que le dio la reputación de tener un carácter amargo. Las frases que incluyó en sus periódicos son citadas con frecuencia en el habla cotidiana, como por ejemplo "Plus ça change, plus c'est la même chose" — "Cuanto más cambia algo, más se parece a lo mismo" (*Les Guêpes*, enero de 1849). En su propuesta de abolir el castigo capital, escribió "je veux bien que messieurs les assassins commencent" — "dejen a los caballeros que cometen los asesinatos dar el primer paso".

En 1848 fundó *Le Journal*. En 1855 fue a vivir a Niza, en donde se dedicó a la floricultura y le otorgó su nombre a numerosas variedades nuevas de flores, como la dalia. Incluso prácticamente fundó el mercado de cortar flores en la Riviera francesa. También era devoto de la pesca, y en *Les Soirées de Sainte-Adresse* (1853) y *Au bord de la mer* (1860) implementó sus experiencias. Sus memorias, *Livre de bord*, fueron publicadas en 1879-1880. Falleció en Saint-Raphaël (Var).

ad pedem literae

La envidia es mil veces más terrible que el hambre, porque es hambre espiritual

Miguel de Unamuno

Letras de buen humor

Todo hombre tiene tres variedades de carácter: el que realmente tiene; el que aparenta, y el que cree tener

Alphonse Karr

Elmer Mendoza

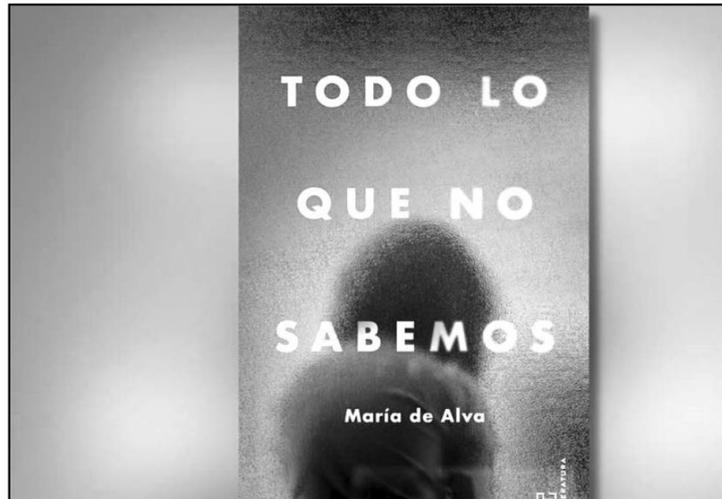
Todo lo que no sabemos

"Todos estamos en remisión, en una carrera contra la muerte", manifiesta María de Alva, y no es una reflexión ajena a la vida cotidiana, puesto que desarrolla una historia que le duele y que al parecer es muy cercana a sus pensamientos, sentimientos, reflexiones. Al menos así se percibe en su intensa novela "Todo lo que no sabemos", publicaba por Hachette México, en julio de 2024, en su colección Literatura. Nunca mejor nombre para una colección de novelas como la de María, que es una declaración no pedida sobre el sufrimiento extremo y el contexto, que no deja de ser ese maldito invitado de piedra que puede echar a perder todo, incluyendo la vida de una familia con un padre que tocaba guitarra y cantaba. En La. Tómame esta botella conmigo...

María de Alva es originaria de Monterrey, y es parte de un absolutamente creativo grupo de narradoras que cuentan la vida de los regiomontanos con sus claroscuros, la redova, el cabrito, y los inesperados espacios entre lo bueno y lo malo. Allí donde la clase media toma su nombre. Todo lo que no sabemos son dos historias donde la desgracia y la estabilidad extravían el límite. María cuenta la vida de Cristina, la hija de un ingeniero

asesinado, tío de la narradora, que intenta superar un cáncer terminal. Los dramas no tienen recuerdos. Al menos en esta novela queda claro que bien poco le sirve a la doctora Cristina Vélez, mientras es sometida a quimioterapias, su historia personal, el momento terrible en que perdió a su padre asesinado en una calle por guerrilleros que habían asaltado un banco. Como referente, el asesinato ocurre meses después que el de don Eugenio Garza Sada, que se considera un parteaguas en la lucha guerrillera y sus pocas posibilidades de éxito.

De Alva cuenta la historia de las familias. La escuela, las fiestas, las navidades, las abuelas, la convivencia y cómo este asesinato destruye esa vida tranquila, con fines de semana de reuniones familiares, música, cerveza y carne asada. Y luego una gran verdad, "los muertos nos hablan, pero a veces no les tenemos respuesta". La muerte de Antonio Vélez introduce la presencia del detective Samuel Rodríguez, que dirige una investigación donde los misterios parecen tragarse todos sus hallazgos. Aparece, además de partes de la historia de la Liga Comunista 23 de Septiembre, un avión secuestrado que se llevaron a Cuba con todo y pasajeros. ¿Por qué?



Usted debe seguir a la narradora y participar en las conjeturas.

María de Alva escribe capítulos largos donde nada deja al azar. Su narrativa es fresca y profunda, emocionante, de tal suerte que usted siempre querrá saber qué pasa. ¿Con quién? Con Cristina y su tratamiento de cáncer que es un verdadero suplicio; con los hermanos, que son profesionistas exitosos; con Emilia, su madre, que toma decisiones que parecen descabelladas; con los discos de Antonio, con la investigación de Rodríguez, con las guitarras del ingeniero asesinado, con los guerrilleros que

se asilaron en Cuba, con la narradora que tiene una hija y que un día su prima Cristina le deja una USB con la declaración de que es su biografía. Esta novela también es un testimonio de cómo los años moldean las familias y cada miembro usa su propio espejo. Lo fascinante es que les va a gustar y que comprenderán por qué nuestro país genera tantos muertos en que nadie resulta culpable.

Ya me contarán. Mientras escuchen a Roberta Flack, "Killing me softly with his song..." Una rolita de aquéllas, a poco no.